



ANTONIO
GRAMSCI

Una biografía



ANDREW PEARMAIN

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

1. El final

2. El comienzo

3. Los días de escuela en Cerdeña

4. Los años de universidad en Turín

5. El trabajador de prensa

6. En la lucha: L'Ordine Nuovo y los consejos de fábrica

7. Gramsci el comunista

8. En Serebriani Bor

9. En el Hotel Lux, Moscú, 1923

10. Un interludio vienés

11. Líder por default

12. Un breve retorno a Cerdeña

13. La tercera hermana Schucht

14. Las Schucht viajan a Roma

15. El primer confinamiento

16. Comienzan los juicios

17. La llegada a Turi, en las cercanías de Bari

18. Nuevos tormentos

19. Für ewig: un nuevo sentido de propósito

20. Visitas y vocaciones

21. Tocar fondo

22. El trabajo sana

23. Los últimos años

Posfacio. Las vidas después de la muerte de Antonio Gramsci

Bibliografía selecta de (o acerca de) Gramsci

Andrew Pearmain

Antonio Gramsci

Una biografía

Traducción de
Teresa Arijón

 **siglo veintiuno**
editores

Pearmain, Andrew

Antonio Gramsci: Una biografía / Andrew Pearmain.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2022.

Libro digital, EPUB (Vidas para Leerlas)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de Teresa Arijón

ISBN 978-987-801-191-2

1. Biografías. 2. Política. 3. Sociología. I. Arijón, Teresa, trad. II. Título.
CDD 306.092

Título original: *Antonio Gramsci. A Biography*

Traducción publicada mediante acuerdo con Bloomsbury Publishing de Londres, Reino Unido

© 2020, Andrew Pearmain

© 2022, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

www.sigloxxieditores.com.ar

Diseño de portada: Ignacio Marmorides y Mr.

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: septiembre de 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-191-2

1. El final



Primera plana de *Giustizia e Libertà*, órgano del grupo homónimo, nº 18, París, 30 de abril de 1937

El 21 de abril de 1937 expiró formalmente la condena a prisión de Antonio Gramsci; pero él no estaba en condiciones de dejar la clínica Quisisana en Roma, donde estaba confinado desde agosto de 1935: nueve difíciles años después de que lo arrestasen por orden de Benito Mussolini en 1926. “Nino” (como lo llamaban sus parientes y amigos) planeaba regresar a Cerdeña en cuanto lo liberaran, para vivir cerca de su familia de origen. Le habían alquilado una habitación en Santu Lussurgiu, donde había cursado la escuela secundaria, no muy lejos de la casa de

sus padres en Ghilarza. Pero su último deseo, expresado a su amigo más cercano (el economista Piero Sraffa, que había viajado desde Inglaterra para visitarlo) era reunirse con su esposa Julia y sus hijos Delio y Giuliano en la Rusia soviética. Gramsci no pudo llevar adelante ni concretar estos planes: sufrió una hemorragia cerebral la noche del 25 de abril, pasó inconsciente todo el día siguiente y murió a primera hora de la mañana del 27 de abril de 1937, pocos meses después de cumplir 46 años. Los únicos familiares presentes eran su cuñada Tatiana Schucht, más conocida como Tania, y su hermano Carlo, que llegó a la clínica cuando Antonio ya había fallecido. Juntos, se ocuparon de los arreglos fúnebres.

El 12 de mayo, Tania le escribió desde Roma a Sraffa, que ya estaba de regreso en King's College, Cambridge. En su carta, hacía un relato pormenorizado de las últimas horas de Nino y le pedía consejos acerca de qué destino dar a sus efectos personales, en especial los atesorados cuadernos que había escrito en la cárcel.^[1] Tania los había sacado de la clínica de manera subrepticia, escondidos entre la ropa y otras posesiones personales de Nino, con ayuda de una agradable enfermera que distrajo a los guardias. Desde entonces, estaban guardados en la bóveda de la Banca Commerciale Italiana, cuyo director, Raffaele Mattioli, recordaba a Nino con afecto de sus épocas de periodista y diputado. Gramsci había pedido que le enviaran los cuadernos a su esposa Julia, que estaba en Moscú, pero evidentemente Tania consideraba que hacerlo sería complicado tanto desde lo político como desde lo práctico; por eso le preguntaba a Sraffa qué convenía hacer. Seguramente depositarlos en la bóveda del banco haya sido idea de él.

La cremación ya se había realizado, y Tania prosiguió con una serie de trámites engorrosos en Roma bajo una imprevista tormenta eléctrica. Fue difícil obtener el permiso

de la policía para continuar con el funeral: hubo obstáculos legales y burocráticos de todo tipo en el camino, pero finalmente llegó la autorización. Antes de abandonar la clínica Quisisana, Tania hizo los arreglos necesarios para que se tomara una foto del cadáver y se le hiciera una máscara mortuoria, que pretendía vaciar en bronce, junto con la mano derecha del fallecido.^[2] También tenía algunas fotos tomadas en 1935, cuando Nino recibió la libertad condicional en la clínica donde había estado antes. Eran, según le escribió a Sraffa, “preciosas, sobre todo por la expresión de satisfacción, e incluso el atisbo de una sonrisa, en su rostro”. Tania agregó que, pocos días antes de morir, Nino no solo no se sentía peor que de costumbre, sino que parecía mucho más sereno. El 25 de abril, ella llegó a la clínica a la hora de siempre, las 5.30 de la tarde. Como solían hacer, comentaron las noticias del día. Cuando Tania sacó sus libros para preparar una clase de literatura francesa que debía dar esa noche, Nino se opuso e insistió en que continuaran conversando. “¿No tendrías que haber aceptado un trabajo que exige conocimiento especializado y te deja exhausta! ¿Cómo te las vas a arreglar para cuidarme?”, la regañó entre risas.

De todos modos, buscaron juntos algunas palabras en el Larousse. Luego conversaron hasta la hora de la cena, que consistió, como siempre, en un plato de sopa, compota de frutas y una porción de bizcochuelo. Antonio salió de la habitación al baño caminando, pero regresó en una silla cargada por varios ordenanzas. Se había desplomado dentro del cubículo y había perdido por completo el control del lado izquierdo de su cuerpo; sin embargo, logró arrastrarse hasta la puerta y pedir ayuda. Cuando lo acostaron en su cama, Nino pidió un tónico estimulante, pero el médico se negó a administrárselo, aduciendo que podía empeorar su condición. Le llevaron una bolsa de agua caliente para los pies y dijo que estaba muy caliente, pero que casi no sentía nada en el pie izquierdo. Cerca de las 9 de la noche llegó

por fin el catedrático Vittorio Puccinelli –encargado de seguir a Gramsci como “médico tratante”, y hermano del “médico habitual” de Mussolini– y, después de una rápida revisión, ordenó que le realizaran una sangría y recomendó que permaneciera calmo. Aferrado a los barrotes de la cama con la mano derecha, Nino luchó por buscar una posición más cómoda, y estuvo a punto de caer al suelo. Vomitó varias veces durante la siguiente hora. Intentó sonarse la nariz, que tenía obstruida con comida, y siguió respirando con dificultad. Dejó de hablar. Otro médico lo examinó y comentó que su estado era de extrema gravedad. En ese momento, se acercaron monjas y un sacerdote. Tania se opuso de manera enérgica e insistió en que se marcharan. Después de una breve discusión, en la que el sacerdote cuestionó la autoridad de Tania, las monjas enfermeras y el religioso se retiraron. Durante todo el día siguiente, 26 de abril, Nino yació inmóvil y apenas consciente. Muy temprano ese nuevo día, volvió a vomitar y empezó a respirar con mayor dificultad. Tania no se movió de su lado; le humedecía los labios, intentaba respiración artificial cuando parecía que los pulmones no funcionaban. De pronto, notó una última exhalación y un silencio irremediable. Fue a buscar al médico, quien confirmó que todo había terminado. Eran las 4.10 del 27 de abril. A las 5.15 las enfermeras llevaron el cuerpo a la morgue. Carlo llegó esa misma mañana, un poco más tarde. Tania y Carlo hicieron los arreglos necesarios para que el fotógrafo y el encargado de hacer la máscara mortuoria pudieran llevar adelante su trabajo. No les resultó fácil salir de la clínica: tuvieron que realizar todo tipo de declaraciones por escrito acerca de su vínculo con los deudos. Después, en horas de la tarde, Carlo pidió ver a su hermano una vez más, pero su pedido fue rechazado, supuestamente por orden del gobierno.

Carlo y Tania fueron las únicas personas presentes en la cremación, además de una fuerte escolta de policías. Las

cenizas fueron depositadas en una caja de zinc, a su vez colocada dentro de una caja de madera, y albergadas en el cementerio romano de Campo Verano, donde podían permanecer hasta diez años sin necesidad de pagos. La noticia de la muerte de Gramsci fue comunicada por la radio nacional italiana y publicada por la prensa escrita, en un tono que a Tania le resultó profundamente perturbador: “Es obsceno; no sé cómo empezar a protestar”, le escribió a Sraffa. La mayoría de la prensa escrita publicó un anuncio breve divulgado por la agencia de noticias fascista Stefani: “Murió en la clínica Quisisana de Roma, donde estaba internado hacía mucho tiempo, el exdiputado comunista Gramsci”.^[3] Pero buena parte de la cobertura periodística retrató a Gramsci como criminal político y subversivo comunista, y un artículo llegó al extremo de calificarlo como “el más loco, el más fanático de todos”.

En efecto, en el momento de su muerte en 1937, Antonio Gramsci había sido abandonado por casi todas las personas que conocía, excepto Tania Schucht, Carlo Gramsci y Piero Sraffa. No veía a sus padres desde antes de su arresto en 1926, y recién se había enterado de la muerte de su madre varios años después de que sucediera en 1932. De sus seis hermanos, los únicos que lo visitaron en la cárcel fueron Gennaro y Mario; lo hicieron por separado y en una sola oportunidad en el transcurso de once años, por distintos motivos personales. En ese momento, los dos habían tomado las armas, aunque en bandos opuestos y en distintos continentes: Gennaro peleaba junto a los republicanos en España y Mario en las filas del ejército italiano en África. Antonio no había visto a ninguna de sus dos hermanas que aún vivían -con quienes había sido muy cercano en la niñez- desde octubre de 1924. Tampoco veía a su esposa Julia y a su hijo mayor Delio desde agosto de 1926, cuando regresaron a Moscú después de pasar seis poco felices meses de convivencia con él en Roma. Cuando se marcharon de Italia, Julia estaba embarazada de su

segundo hijo, Giuliano, a quien Gramsci no llegó a conocer. La relación con sus parientes políticos, la numerosa y dispersa familia Schucht, siempre había sido complicada y a menudo tensa. Cuando lo arrestaron, Gramsci era secretario general del pequeño y asediado Partito Comunista d'Italia (por entonces conocido con la sigla PCd'I) desde hacía poco más de dos años, liderazgo que también había ejercido tras el arresto o el exilio de casi todos sus cuadros jerárquicos cuando los fascistas tomaron el poder en Italia en 1922. Desde finales de los años veinte y durante la década de 1930, mientras el partido se adecuaba a las cambiantes circunstancias de la hegemonía fascista en Italia y a su propia ilegalidad -y también a otro factor igualmente importante como era la hegemonía estalinista en el Partido Comunista Internacional-, Gramsci fue, según el momento, idolatrado, relegado, condenado al ostracismo y, en última instancia, poco menos que olvidado por el mundo exterior. Murió en una oscuridad personal y política casi total, tal como había nacido y se había criado: en la periferia de la vida y de la historia.

[1] A. Gramsci, *Letters from Prison*, ed. al cuidado de L. Lawner, Nueva York, 1973, pp. 277-281 [Piero Sraffa (1898-1983) conoció a Gramsci a instancias de Umberto Cosmo, docente de los dos, en 1919. Era época de activa militancia socialista. En 1921, los dos amigos formaron parte de la escisión de la cual surgió el Partito Comunista d'Italia. El origen judío de Sraffa y su negativa a prestar juramento al fascismo truncaron su brillante y temprana carrera académica y administrativa en Italia. Desde el Reino Unido -donde Keynes le dio respaldo institucional y alentó sus investigaciones-, organizó la defensa de Gramsci, financió su estadía en cárcel y se mantuvo leal hasta los últimos días. N. de E.].

[2] Según se llegó a saber, la colada de bronce en los moldes de rostro y mano de Gramsci nunca se realizó.

[3] Reprod. por J. Buttigieg, en su introducción a A. Gramsci, *Prison Notebooks*, ed. al cuidado de J. A. Buttigieg y A. Callari, vol. 1, Nueva York, 2007, p 2.

2. El comienzo

Antonio Gramsci nació el 22 de enero de 1891 en la ciudad de Ales, cerca de Cagliari, la capital de Cerdeña. Fue el cuarto de siete hermanos: Gennaro, Grazietta, Emma, Antonio, Mario, Teresina y Carlo. Todos recibieron de sus devotos padres los nombres de los santos más importantes en la isla. A los seis días de nacido, Antonio fue bautizado en la catedral de Ales por el vicario general, asistido por su padre Francesco y un representante de su padrino, un respetado personaje llamado Francesco Puxeddu que más tarde no desempeñaría papel alguno en la vida de su ahijado. En la pila bautismal, Antonio recibió como segundo nombre Francesco, por su padre y su padrino, y como tercero Sebastiano, en honor al vicario general. En un primer momento, la madre de Antonio -de soltera Giuseppina Marcias, más conocida como Peppina- no pudo amamantarlo a causa de una mastitis. Durante sus dos primeras semanas de vida, fue nodriza de Antonio la señora Melis, amiga y vecina de los Gramsci, que lo amamantaba junto a su hijo recién nacido.

Francesco, el padre de Antonio, había nacido en 1860 en Gaeta, una ciudad sobre la costa del Lacio, a medio camino entre Roma y Nápoles. Descendía de una familia de origen griego-albanés, de allí el apellido inusual. Durante toda su vida, y con indisimulable disgusto, Antonio tuvo que pronunciarlo y deletrearlo para que la gente lo entendiera, además de lidiar con múltiples variaciones. Su abuelo paterno, Gennaro, había sido coronel en la gendarmería del infausto Reino de las Dos Sicilias, un conjunto bizarro de

territorios que la mayoría consideraba el sistema estatal más reaccionario, ineficaz y desigual de Europa. El reino fue derrocado de manera violenta y absorbido por el Estado italiano recientemente unificado en el Risorgimento de 1861, un año después del nacimiento de Francesco. El coronel Gennaro Gramsci sobrevivió al sitio de Gaeta por el ejército del general Enrico Cialdini, y su esposa y su hijo bebé tuvieron que atravesar las filas enemigas para poder salvarse, según rezaba la leyenda familiar. Ni lerdo ni perezoso, Gennaro transfirió su lealtad a los piemonteses vencedores y mantuvo su rango de coronel con los *carabinieri* del flamante Reino de Italia. A sus hijos mayores les fue bien. Los tres varones ocuparon cargos públicos de alto rango, y uno de ellos llegó a ser oficial de artillería. Su hija prosperó por la vía del matrimonio: se casó con un acaudalado noble.

Francesco, el menor de los cinco hijos de Gennaro, estaba estudiando abogacía cuando su padre falleció de manera inesperada en 1881. El cambio repentino en la situación familiar lo llevó a buscar un trabajo menos prestigioso de inmediato como empleado público. Lo mandaron a dirigir el Catastro en la ciudad sarda de Ghilarza, en la remota frontera del nuevo país, con la expectativa razonable de regresar pronto al continente. “Los de afuera” creían que Cerdeña era una especie de pozo sin salida, mientras que la mayor parte de la población nativa odiaba a esos arrogantes *strangeros* que llegaban a gobernarlos y se aprovechaban de su trabajo, su producción y sus impuestos en beneficio de los lejanos “continentales”.^[4] En una economía agrícola semifeudal en que las tierras comunes habían sido demarcadas poco tiempo antes y los terratenientes extranjeros y casi siempre ausentes todavía eran propietarios de grandes fundos, las disputas por la tierra eran un foco permanente de tensión social. El “flamante” burócrata Francesco, encargado de juzgar y registrar estas cruentas aunque a menudo insignificantes disputas

territoriales, solía estar a favor del bando más poderoso (casi siempre integrado por italianos continentales como él), seguramente resentido con el puesto que lo habían obligado a aceptar y, por ende, doblemente resentido con los rústicos insulares.

A menos de un año de su llegada a Ghilarza, Francesco se vinculó con los disolutos latifundistas locales y (según Davidson) “empezó a formar parte del insignificante *circolo* burgués del pueblo, aficionado a los naipes y a las bromas subidas de tono [...] que intercambiaba favores mediante un elaborado sistema de clientelismo”.^[5] Estos *signores* creían estar por encima de las masas trabajadoras y minifundistas. El hijo de Francesco, Antonio, definiría más tarde el estrato social del que provenían los amigos de su padre como “pensionados de la historia económica” o, con más dureza, “la escoria de la sociedad [...] el pueblo de los monos”, holgazanes que subsistían a base de herencias menguantes y prebendas y no hacían ninguna contribución productiva a la economía ni a la sociedad, “italianos que solo viven para sus mezquinos intereses personales, hombres que solo han nacido para disfrutar de la bebida”.^[6] El primer héroe intelectual de Antonio, Gaetano Salvemini, ofreció un veredicto similarmente condenatorio acerca de “estos ociosos del campo [...] flácidos, inertes, que no sirven para nada”. Este grupo social aportaría el grueso de la pujante oficialidad del ejército italiano y, más adelante, sería parte integral de la burocracia del Estado fascista.^[7]

Francesco Gramsci tenía la complexión adecuada para el papel que le tocó y supo representar: “Corpulento, dado a pergeñar planes grandiosos de escasa o nula practicidad, propenso a la vanidad y la jactancia, [...] un típico autoritario [cuyos] valores Antonio rechazaba de plano”.^[8] Dentro de los límites de discreción y tabú que caracterizaban la atmósfera de la familia Gramsci, el padre de Antonio, que lo sobrevivió apenas dos semanas, aparecería en las notas, las cartas y los recuerdos de su hijo

como la viva encarnación de las profundas debilidades y flaquezas de la sociedad italiana. Una vez establecido en Ghilarza, Francesco buscó pareja. Se casó con Giuseppina “Peppina” Marcias en 1883, contra la rotunda desaprobación de su familia, que despreciaba el origen insular de la novia y el hecho de que, por ser hija de un recaudador de impuestos local, su nivel social fuera ostensiblemente inferior al de los Gramsci. Al igual que su futuro esposo, Peppina soportaba un doble estigma dentro de la muy estratificada jerarquía de clases de Cerdeña. Su padre, empleado del fisco, podía ser uno de “los funcionarios más detestados” por la población local, pero “para un continental (como Francesco), casarse con una sarda rozaba el mestizaje”.[\[9\]](#) Esta sensación de indeterminación social, de navegar entre castas, clases y territorios y nunca pertenecer del todo a ninguno, perseguiría a los Gramsci sardos. Además de una atmósfera familiar “carente de compasión, seca y formal, [donde] escaseaban las demostraciones de afecto”, la distancia de los Gramsci sobreponía un aire de subterfugio y reserva con el que respondían a la adversidad y dejaban una estela de desprecios y agravios difíciles de olvidar.[\[10\]](#) Antonio llevaría muchos de estos resentimientos a su vida adulta, junto con una persistente sensación de vértigo social. Él tampoco era del todo claro sobre su precario origen de clase media. Ya de adulto, su camarada Palmiro Togliatti, también sardo, decía a quien quisiera oírlo que Gramsci tenía ascendencia campesina.

Tal vez Francesco comprendió mejor que su familia continental que Peppina era en realidad un buen partido y que -dentro de los restrictivos roles de género de una época en que el *pater familias* mandaba con el puño cerrado y una palabra o una mirada dura- resultaría ser una excepcional mujer, esposa y madre. Además de aportar al matrimonio una importante dote de tierras heredadas e ingresos devengados por los arrendamientos -y una familia

numerosa, comprensiva, servicial y comparativamente próspera que ayudó a disimular la indolencia de su esposo socialmente superior-, tenía la ventaja de haber cursado tres años de educación primaria y sabía leer y escribir a la perfección. En un pueblo donde se estimaba que solo unos 200 de sus más de 2200 habitantes sabían leer y escribir, esta habilidad era incluso más inaudita por tratarse de una mujer. Peppina leía con voracidad los clásicos italianos y podía recitar de memoria pasajes enteros de Dante y del picante Boccaccio. Además, vestía “a la europea” en vez de llevar trajes tradicionales y, pese a que nunca en su vida se alejó más de 40 kilómetros de Ghilarza, poseía un conocimiento y una comprensión notables de lo que ocurría más allá de las fronteras de Cerdeña. Antonio aprendió mucho sobre geografía en su infancia estudiando mapas y atlas bajo la tutela de su madre, un aprendizaje que luego compararía favorablemente con el de sus propios hijos criados en la ciudad.

Francesco se quedó en la rural Cerdeña el resto de su vida, algo absolutamente inusual para un *strangeri*. Su decisión de no aceptar un puesto más promisorio en otro lugar, incluso para estar más cerca de su familia de origen en el continente, podría verse como un tributo a la fortaleza y la lealtad de la “Signora” Peppina (como la llamaban respetuosamente sus vecinos) y también como una manifestación de inercia y falta de ambición de su parte. El primer hijo de la pareja nació en Ghilarza en 1884 y fue bautizado con el nombre de su abuelo paterno, Gennaro, el coronel *dei carabinieri*. La familia se mudó poco después a una ciudad más grande, Ales, donde en rápida sucesión nacieron los siguientes tres hijos, Antonio incluido. En esta etapa, la familia gozaba de un buen pasar: Francesco tenía un prestigioso y seguro empleo estatal y Giuseppina esperaba heredar importantes extensiones de tierra en Ghilarza. Entre sus amigos y conocidos en Ales, se contaban el bedel del pretor, algunos notarios y otros funcionarios

administrativos importantes. En 1892, ya tenían una empleada doméstica y Antonio tenía niñera propia. Todo esto indica que Gramsci nació en un grupo social privilegiado para los estándares sardos.

Los niños Gramsci eran sanos y robustos, incluido el bebé Antonio, hermoso y de piel blanca, con cabello rubio enrulado y ojos claros, según el testimonio de un amigo de la familia. Durante sus primeros tres o cuatro años de vida, era un niño feliz y saludable. Después pasó por un período de enfermedad y debilidad, que le dejó una joroba, retrasos en el crecimiento y una salud para siempre frágil; durante el resto de su vida lucharía por encontrarle sentido a esa época. La historia familiar decía que se había caído o, en una versión algo más tenebrosa, que su niñera lo había arrojado desde lo alto de una escalera empinada. Los supuestos motivos eran igual de retorcidos: el médico del pueblo la había dejado embarazada y había huido por miedo a una *vindicta*. El “accidente” de Antonio y la subsiguiente inflamación de su pecho y su espalda le sirvieron de excusa a la niñera para recorrer, con la bendición de la familia, el largo y agitado camino en un carro de bueyes y visitar al médico. Cuando regresaban, Antonio sufrió una hemorragia bucal y anal. Continuó sangrando durante tres días y estuvo muy enfermo durante tres meses. En cierto momento, como él mismo recordaría en una carta años más tarde, su estado era tan grave que los médicos lo dieron por muerto y su familia mandó hacer un pequeño ataúd y una mortaja.[11] Su tía materna, Grazia Delogu, insistía en que lo había salvado ungiéndole los pies con el aceite de una lámpara consagrada a una Virgen. Grazia también le rezaba, recordaría Antonio más tarde, a “una dama muy piadosa llamada Donna Bisodia; tan piadosa que su nombre se repetía siempre en el Pater noster. Era el *dona nobis hodie* [‘dánoslo hoy’, en latín] que ella, como otras, leía *Donna Bisodia*”. [12] Su madre conservó el ataúd y la mortaja hasta que Antonio, ya adulto, se mudó a Italia continental.

Una vez más, Francesco Gramsci no salió bien parado del episodio. El médico de la familia había aconsejado llevar a Antonio al continente para un tratamiento a cargo de especialistas (y más oneroso), pero Francesco se resistió. Cuando quedó claro que la enfermedad había dejado a Antonio secuelas de retrasos en el crecimiento, una joroba en la espalda y una protuberancia más pequeña en el pecho, su padre visitó a distintos “especialistas” en Orestano y Caserta, y consiguió un arnés, con el que colgaban a Antonio del cielorraso de la cocina. Una vecina recordó “una especie de corsé con anillas. Nino se lo ponía y *tiu* Gramsci o Gennaro lo colgaban del techo y lo dejaban colgando en el aire”.[\[13\]](#) Su madre también “lo hacía acostarse para darle largos masajes con tintura de yodo, y nada”; incluso es probable que haya empeorado la inflamación. La infortunada niñera embarazada había manejado mal el supuesto accidente, la enfermedad y la deformidad de Antonio, por lo que pronto se convirtió en un conveniente chivo expiatorio para los Gramsci. Pero casi con seguridad la causa subyacente era una infección infantil, de esas que tanto abundaban en la Cerdeña empobrecida y subdesarrollada del siglo XIX. Siendo Gramsci ya adulto, pasados los albores de su dolencia y su discapacidad crónica, un especialista diagnosticó la enfermedad de Pott, una tuberculosis que afecta las vértebras superiores y que suele producir una joroba, y sugirió que lo más probable era que la hubiera tenido desde la infancia. Cualquiera fuera la causa, Antonio nunca superó el metro y medio de estatura, y la joroba y la pequeña protuberancia en el pecho persistieron el resto de su vida.

De los 3 a los 7 años, Antonio asistió a un jardín de infantes dirigido por monjas cerca de Nuoro, donde se había mudado la familia cuando su padre tomó otro puesto en el Registro Catastral de Sorgono. En aquella época había solo once jardines de infantes en toda Cerdeña, lo cual indica un aumento en la prosperidad y el privilegio relativos que

gozaba la familia Gramsci. Antonio iba al jardín con sus hermanas y se volvió muy cercano con Teresina, cuatro años menor que él y también de temperamento estudioso. La educación era sumamente valorada en el hogar de los Gramsci, en especial por la mamá, Peppina, cuya alfabetización era una ayuda invaluable y un indiscutible indicador de superioridad respecto de sus vecinos en Ghilarza. Más tarde, Antonio recordaría que otras mujeres acudían a ella para que les escribiera cartas destinadas a sus esposos migrantes o, lo más triste de todo, encarcelados. Peppina les enseñó a leer a todos sus hijos desde muy pequeños.

En 1897 -para entonces, la discapacidad de Antonio ya era permanente- otro desastre, de mayor envergadura, cayó sobre la familia Gramsci y puso un fin abrupto a la tranquilidad y prosperidad relativas de su infancia. Francesco fue despedido de su puesto en Sorgono, y fue arrestado y encarcelado al año siguiente. Había tenido la mala suerte de escoger el bando perdedor en una encarnizada y amarga batalla electoral por el distrito parlamentario de Isili entre dos *grand'uomini* (peces gordos) locales y sus acólitos, ya que de eso se trataba la política sarda en aquella época. El ganador -el diputado Francesco Cocco-Ortu, ya presente en el gabinete del gobierno italiano, donde meses después pasaría a ser ministro- y la violenta y vengativa camarilla que lo rodeaba se encargaron de repartir favores entre los victoriosos y castigar a los perdedores. En este último grupo, formado en torno al candidato derrotado Enrico Carboni Boy, estaba Francesco Gramsci. En ausencia de Francesco, que había asistido al entierro de su hermano mayor, los simpatizantes de Cocco-Ortu en Sogorno impulsaron una investigación en las cuentas del Catastro. Como cabía esperar, la investigación reveló algunas irregularidades menores y Francesco fue suspendido de su cargo sin goce de sueldo. El padre de los Gramsci quedó sumido en una oscuridad glacial,

imperturbable, y Peppina tuvo que hacer frente a las consecuencias. Llevó a la familia de regreso a Ghilarza, donde se alojaron con su hermana Grazia Delogu, y le ordenó a su hijo mayor, Gennaro, que abandonara la escuela para empezar a trabajar con un salario fijo en el Catastro local, exactamente en el mismo lugar donde había comenzado la carrera de Francesco. El 9 de agosto de 1898, el propio Francesco fue arrestado y acusado de peculado, extorsión y falsificación de documentos, y esperó su juicio encerrado durante dos años en la cárcel de Oristán. El 27 de octubre de 1900, fue sentenciado a cinco años, ocho meses y veintidós días de prisión, el mínimo posible porque el juez solo había encontrado infracciones “de escasos perjuicio y cuantía”.[\[14\]](#) Francesco cumplió su condena cerca de Gaeta, su ciudad natal en Italia continental, y fue uno de los pocos personajes locales importantes que sufrió la venganza de los victoriosos *coccisti*.

En el momento del arresto de Francesco, la Signora Peppina Gramsci tenía 37 años y siete hijos, cuyas edades iban de 1 a 14 años, incluido el enfermizo y discapacitado Nino. Y su única fuente de ingresos era su propia y menguante herencia. En las fotografías que se conservan de este período, se ve a Peppina cansada, agobiada y preocupada, con razón. Se negaba a recurrir a la familia de Francesco; según Fiori, la intención era “ahorrarse la humillación de pedir ayuda a esos parientes a quienes casi no conocía” y que no le habían demostrado el menor cariño, pero también ocultar el hecho de que su esposo estaba encarcelado a pocos kilómetros de su familia de origen en Gaeta.[\[15\]](#) Incluso recibía las cartas que Francesco enviaba desde la prisión a su familia y otros parientes, y las reenviaba desde su propia casa, con el precioso matasellos de Ghilarza. Y por supuesto que, reacia como era a los viajes, jamás fue a visitar a su esposo en la cárcel. Mientras tanto, les dijo a todos sus hijos, excepto a Gennaro, que su

padre había ido a visitar a su familia en Gaeta y se quedaría con ellos un buen tiempo.

Peppina vendió las pocas tierras que había heredado y tomó un inquilino, un cirujano veterinario llamado Vittore Nessi. Cosía por encargo y vendía ropa que ella misma hacía, y era asistida en las tareas domésticas por sus hijas y, dentro de lo posible, en lo económico por sus hijos. Siempre se aseguró de que la familia comiera relativamente bien y, lo más insólito, de que nunca faltaran los regalos de cumpleaños, un resto (como su compromiso con la alfabetización y la educación) de sus valores culturales de clase media. La familia se las arreglaba a duras penas, pero logró salir a flote y Nino pudo asistir a la escuela primaria en Ghilarza desde sus 7 años y medio. Era el más brillante y el más estudioso de los Gramsci y le iba muy bien en la escuela, pese a haber comenzado un año más tarde. Siempre era el primero de la clase, en parte porque hablaba mucho mejor el italiano que la mayoría de sus compañeros. Pero también reveló una sorprendente veta práctica y construyó, entre otras cosas, una ducha con una lata grande colgada del techo de la cocina, una flota de barcos y carros de juguete, e incluso (con la divertida asistencia de sus hermanos mayores) un rudimentario equipo de levantamiento de pesas, hechas con palos de escoba y piedras, con la intención de fortalecer y desarrollar su cuerpo enclenque.

Más tarde, sus parientes lo recordarían como un individuo bastante reservado, siempre amable y afectuoso, pero consciente de su deformidad y su fragilidad, lo cual lo llevaba a preferir la lectura o los paseos solitarios a los juegos bruscos con otros chicos. Le gustaba pasar tiempo con su hermana menor, Teresina, también amante de los libros, o con Mario, el hermano más próximo en edad y el bromista de la familia. Los libros predilectos de Antonio eran *Robinson Crusoe* y *La isla del tesoro*, parte de la biblioteca que la esposa del recaudador de impuestos local, el señor

Mazzacurati, le regaló antes de que esa familia fuese trasladada a un nuevo destino. Más tarde, Antonio escribiría: “Nunca salía de la casa sin unos granos de trigo en el bolsillo y unos cuantos fósforos envueltos en trozos de lona, por si acaso llegaba a dar con una isla desierta”.[\[16\]](#) En sus largas caminatas por el campo, capturaba animales y conservaba algunos como mascotas, entre ellos un hermoso halcón al que daba de comer ratones y culebras. Era un atento observador de la vida silvestre y en sus cartas desde la cárcel solía recordar hasta el mínimo detalle las travesuras de los zorros y los puercoespines.

Lo que siguió de su infancia no fue para nada despreocupado. Casi desde un comienzo, Nino y sus hermanos sospecharon de la prolongada visita de su padre al continente, tanto por las conversaciones de los adultos que a veces escuchaban a escondidas como por las burlas de otros niños o por los chismes de los vecinos. Después de todo, no solo el hijo mayor, Gennaro, sino “todos en el pueblo sabían que Francesco Gramsci estaba preso, pero Peppina insistía con su ridículo subterfugio”.[\[17\]](#) Antonio más adelante recordaría cuánto lo irritaban esas pequeñas mentiras, aunque fueran producto de mejores intenciones, y cómo eso lo volvió cada vez más introspectivo. “A los 10 años ya me había convertido en un auténtico tormento para mi madre, y tanto me había fanatizado por la franqueza y la verdad en nuestras relaciones recíprocas que generaba tremendas escenas y provocaba escándalos”.[\[18\]](#) La infancia fue para Gramsci “una cloaca de amargura” que marcaría de por vida su temperamento y sus relaciones con los demás, pese a los esfuerzos de su madre para mantener unida a la familia y preservar al menos un barniz de respetabilidad. Incluso de adulto, Antonio mantuvo en secreto que siempre había sabido la verdad sobre la deshonra y el encarcelamiento de su padre, porque eso “le envenenaría estos años de vida” a su madre.[\[19\]](#) Lo cierto era que conservaba recuerdos vívidos de su madre

escabulléndose de la casa por la noche para ir a la iglesia, con la cabeza cubierta por una mantilla negra. Peppina rezaba y lloraba en soledad, durante horas y horas, y luego regresaba para enfrentar otro día de trabajo arduo y grandes preocupaciones.

Antonio nunca le dio mucha importancia al asunto, y los recuerdos de sus contemporáneos tendieron a minimizarlo por sus propias razones, pero es indudable que sufrió la burla y el escarnio, e incluso cosas peores, por parte de los otros niños a causa de su discapacidad, su estatus social incierto como hijo de una clase media venida a menos, el encarcelamiento de su padre y “la altanería” de su madre, más su propio temperamento retraído y solitario que era el resultado inevitable de esos infortunios. La anormalidad de su joroba -en una época y un lugar donde casi todos creían que semejante deformidad era obra del demonio y que tocar una joroba traía buena suerte- habrá bastado para llamar la atención de todos, atención que por supuesto Antonio no deseaba. Pero también se trataba de una sociedad y una cultura profundamente conformistas y uniformes, abrumadoramente campesinas, premodernas y sin instrucción, donde “se ignoraba que existían hoteles, porque la gente todavía no había imaginado que alguien pudiera estar lejos, en medio de los peligros de la noche, sin contacto familiar”.[20] Pese al empobrecimiento material compartido, la familia Gramsci tenía bien claro que era diferente de sus vecinos, ni campesina ni del todo sarda, y acostumbraba “hacer chistes sobre algunos personajes del pueblo y sus peculiaridades rurales”.[21] Esas bromas insidiosas y esa sensación de superioridad seguramente hicieron que Antonio tomara todavía más conciencia de sus “diferencias” individuales, que lo aislaban socialmente y lo volvían vulnerable a las burlas, la intimidación y el acoso.

Más tarde recordó:

Cuando era niño, los niños del pueblo nunca se me acercaban, excepto para burlarse de mí. Casi siempre estaba solo. A veces, al encontrarme casualmente entre ellos, se lanzaban contra mí, y no solo con palabras. Un día [...] empezaron a tirarme piedras con más violencia que de costumbre, con esa maldad que es propia de los niños y de los seres débiles. Perdí la paciencia y también yo tomé piedras. Empecé a defenderme con tanta energía que los hice huir. [...] Desde ese día me tuvieron respeto y no me fastidiaron más.[\[22\]](#)

Es probable que el acoso tuviera un componente de miedo, que en esta ocasión jugó a favor de Antonio: el jorobado que gruñe y devuelve el golpe es un personaje común en la literatura popular de la deformidad y la monstruosidad. Pero el costo psíquico para un niño pequeño debió haber sido inmenso, más allá del remate final de Gramsci cuando afirma que, cuando le contó el incidente a su madre, esta lo besó con orgullo y cariño. Cuando Gramsci llega a la conclusión de que ese beso materno por sí solo hizo que valiera la pena apedrear a otros chicos, surge la pregunta inevitable acerca de cuán a menudo, y con cuánta sinceridad, recibía amor en su casa. También echa otro tipo de luz sobre sus recuerdos de perderse durante horas en un libro de cuentos, de sus paseos solitarios por las colinas, los campos y los huertos de Ghilarza, de atrapar y entrenar animales pequeños y pájaros como mascotas, de la dulce compañía y la callada solicitud de su madre y sus hermanas, de las bromas y las sátiras de su vivaz hermano menor Mario, de recortar y colorear fotos de los periódicos y de su silenciosa concentración en pequeños proyectos de construcción (a veces acompañado por Luciano, el hijo del farmacéutico, seguramente también discriminado por los otros niños debido al estatus profesional de su padre).

Vemos, en cambio, la independencia forzosa del inadaptado múltiple y manifiesto, “el niño desesperadamente solitario” a quien una vecina de insólita candidez “nunca vio reír de alegría [...] o jugar con otros niños”, que se autoagredía al extremo de “golpearse con una piedra hasta que sangraba”, imitando lo que solían hacerle otros niños.[\[23\]](#) También es fácil detectar el origen de su identificación, que duraría toda la vida, con las víctimas de crueldad arbitraria y que el propio Gramsci recuerda en otros relatos morbosamente detallados, como el de aquel hijo con discapacidad severa que vivía en el chiquero de una granja cercana, encadenado por su propia madre, o aquella madre senil que padecía el constante maltrato físico y verbal de su hija.



Antonio Gramsci en 1897



Antonio Gramsci (sentado, junto a su profesor) en el Ginnasio de Santu Lussurgiu, donde estudió entre 1905 y 1908

[4] Véase A. Davidson, *Antonio Gramsci. Towards an Intellectual Biography*, Londres, 1977, p. 14.

[5] *Ibíd.*, p. 15.

[6] A. Gramsci, *Selections from Prison Notebooks*, ed. al cuidado de Q. Hoare y G. Nowell-Smith, Londres, 1971, p. 134; *History, Philosophy and Culture in the Young Gramsci*, ed. al cuidado de P. Calvanti y P. Piccone, Saint Louis, 1975, p. 29.

[7] R. J. B. Bosworth, *Mussolini's Italy*, Londres, 2005, p. 81.

[8] Davidson, *ob. cit.*, p. 15.

[9] *Ibíd.*, pp. 19-20.

[10] *Ibíd.*, p. 19.

[11] A. Gramsci, *Letters from Prison*, ed. al cuidado de F. Rosengarten y R. Rosenthal, vol. 1, Nueva York, 1994, p. 15 [pasaje de la carta del 16 de noviembre de 1931 a Teresina. N. de E.].

[12] G. Fiori, *Antonio Gramsci. Life of a Revolutionary*, Londres, 1970, pp. 11-12 [ed. cast.: *Antonio Gramsci. Vida de un revolucionario*, Madrid, Capitán Swing, 2017.

[13] *Ibíd.*, pp. 16-17.

[14] *Ibíd.*, pp. 14-15.

[15] *Ibíd.*, p. 17.

[16] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, *ob. cit.*, p. 74.

[17] Fiori, *ob. cit.*, p. 28.

[18] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, *ob. cit.*, p. 73.

[19] *Ibíd.*, p. 92.

[20] Bosworth, *ob. cit.*, p. 41.

[21] Fiori, *ob. cit.*, p. 45.

[22] Gramsci, *Letters from Prison*, ed. Lawner, ob. cit., p. 124 [se trata de un testimonio aportado por Mario Garuglieri, militante comunista que compartió días de cárcel con Gramsci en Turi. N. de E.].

[23] Fiori, ob. cit., pp. 29, 34.

3. Los días de escuela en Cerdeña

La Cerdeña de entresiglos era un lugar sucio, de agobiante pobreza, situado al margen de la masa continental y la civilización europeas, un lugar temible y peligroso donde era muy usual la muerte por inanición. Las personas más necesitadas se alimentaban de pasto y malezas, y el gobierno nacional indefectiblemente se quedaba con más de un tercio de la renta comunal mediante el cobro de impuestos.[\[24\]](#) La mayor parte de la población trabajadora se ganaba a duras penas la vida cultivando la tierra o, si la cosecha no era próspera, excavando las vetas de minerales en los yacimientos subterráneos. La economía tradicional de la isla, tal como era, se basaba en la exportación de vino, aceite de oliva, productos lácteos y ganado. El destino principal de las exportaciones era Francia, cuya costa sureña está tan cerca de Cerdeña como la propia Italia, con la isla francesa de Córcega en el medio, y que a lo largo de los siglos anteriores había abastecido a algunas de las desconcertantes potencias que habían invadido la isla. En tiempos antiguos, Cerdeña había sido sucesivamente cartaginesa, romana y bizantina, y había sido explotada por las gramíneas cultivadas por esclavos en las inmensas llanuras del Oeste y el Sur antes de alcanzar cierto grado de independencia en 900 d.C. Desde 1400 la gobernaron desde Aragón, y durante dos siglos estuvo absorbida por el imperio español. En 1700 fue brevemente austríaca y después saboyarda bajo el Reino de las Dos Sicilias. Para mantener controlados a los insulares, la actividad comercial

estaba exclusiva y deliberadamente reservada a los extranjeros, como los genoveses o los pisanos. En 1861 se incorporó Cerdeña a la recién unificada Italia, pero, a decir verdad, el gobierno “continental” no era muy diferente de los anteriores. Trataban a la isla como una fuente de materia prima que se extraía y se trasladaba a otro lugar para su procesamiento industrial y su explotación comercial, ya se tratara de su producción agrícola, de los metales y minerales de sus montañas, o del valor de la mano de obra de sus habitantes.

A fines de la década de 1880, una sucesión de *cracks* bancarios hicieron temblar la economía sarda y obligaron a muchos pequeños agricultores a recurrir a usureros. Esto produjo una ola de bancarrotas y ejecuciones hipotecarias. Para agravar todavía más las cosas, el gobierno italiano impuso onerosos aranceles aduaneros al comercio con Francia para proteger los intereses de los grandes industriales del Norte en Turín y Milán, y así bloqueó de manera abrupta la vía principal de comercio exterior de Cerdeña. En consecuencia, en el transcurso de la década de 1890, la isla padeció una escalada de desempleo y subempleo; hubo una fuerte emigración, principalmente a Italia continental, Francia y los Estados Unidos; resurgieron el bandidismo y las enemistades a muerte en el campo, y se intensificó la explotación de las minas en la costa sudoeste, que constituían la mayor fuente de trabajo. Los propietarios de las minas eran, en su inmensa mayoría, franceses o belgas no residentes en Cerdeña, y las condiciones de trabajo eran espantosas, no muy diferentes de las que habían conocido los esclavos en las minas romanas. Los mineros trabajaban sin días de descanso ni paga por enfermedad, extraían los minerales a pico y pala en túneles angostos y traicioneros en las entrañas de la tierra.

Entre los casi 15.000 mineros que trabajaban en Cerdeña en el año 1900, eran muy comunes las enfermedades vinculadas con el trabajo y las muertes tempranas o por